

Rosa Ribas y Sabine Hofmann

Azul marino

 Siruela

Nuevos Tiempos / Policiaca

*A Juan Ribas, por los recuerdos, por las historias.
Por todo.*

—Hay que joderse.

Un exabrupto no sería la mejor manera de empezar el día, pero en los últimos tiempos era tan habitual para el inspector de primera Isidro Castro como el café cargado que tomaba antes de salir de casa o el saludo mudo a los dos policías que flanqueaban la entrada del edificio de la Jefatura de Policía.

Ese lunes necesitó repetirlo al volver a su despacho. Abrió la ventana. El tráfico en la Vía Layetana llenó la pequeña estancia de ruidos de motores y voces. Isidro contempló los vehículos y a las personas que subían y bajaban la calle. El azul incierto de la mañana había cedido al contundente gris de las nubes que cubrían el cielo. Isidro las miró con suficiencia. Es que ni llover sabía allí. Tantos años y aún no había visto una lluvia como las de Galicia. Eso era llover y no lo que ofrecía Barcelona, o trombas de agua o un goteo feo, indeciso; pusilánime, como la gente que habitaba una ciudad a la que se negaba a querer por más que sus dos hijos hubieran nacido en ella. Encendió otro cigarrillo y lanzó una densa humareda a la calle, como si quisiera perderla de vista. A pesar de que a su mujer le disgustaba el aliento a tabaco, volvía a fumar desde hacía varios meses. Tampoco es que se besaran mucho, a decir verdad.

—Hay que joderse.

El comisario Goyanes, su jefe, acababa de encomendarle un nuevo caso. Eso, en principio, estaba bien, si no fuera por dos inconvenientes. En primer lugar, que en ese momento estaba ocupado en otra investigación; modesta, tal vez, pero inconclusa, y si algo le fastidiaba a Isidro era dejar las cosas a medias. Más incluso que la probabilidad de que otros se llevaran ahora los frutos de su trabajo en el caso del falso nieto. Lo peor, sin embargo, era que el asunto del que acababa de hablarle el comisario Goyanes era con extranjeros, con americanos. Desde el momento en que los barcos de la Sexta Flota empezaron a atracar en el puerto de Barcelona, allá por el 51, le desagradaron esas hordas de marineros grandullones irrumpiendo en las calles de la ciudad, con el paso zambo, las voces altas y esas ridículas gorritas ladeadas. No le gustaban los americanos. No era tanto el que fueran protestantes, allá ellos, sino las ínfulas que se daban de ser los paladines de la libertad, como si eso fuera algo importante o necesario. Era esa soberbia con la que miraban a los españoles, como si fueran medio pigmeos. Era su manera de andar tirando dólares para que la gente los recogiera como las focas en el circo. Era su idioma, era su música, era esa maldita goma de mascar que los hacía parecer rumiantes. Eso sí, el tabaco era excelente. Pero él seguía fumando picadura española. Dio una larga calada al cigarrillo.

Y ahora un americano muerto. Un marinero de uno de los barcos de la Sexta Flota anclados en el puerto. Un marinero americano muerto. Acuchillado.

—¡Hay que joderse! —dijo una vez más al recordar su conversación con el comisario Goyanes.

—Se dieron cuenta de que había un muerto en el local cuando se presentó la Policía Militar.

Aunque atendía al relato de Goyanes, los ojos de Isidro estaban pendientes del temblor nervioso de la comisura dere-

cha en la boca del comisario. Su jefe llevaba varias semanas especialmente tenso. Quedaba sumido durante horas en un estado de murria letárgica de la que despertaba con frenéticos ataques de actividad en los que bramaba, daba puñetazos en la mesa, se repetían los portazos y sus intromisiones más bien entorpecían el trabajo de sus subordinados. A Isidro nunca le interesaron los politiqueos y se había mantenido siempre apartado de los corrillos, pero era imposible sustraerse por completo a los rumores, sobre todo cuando algo había detrás de ellos.

—Las aguas están turbias arriba —le había comentado un compañero, señalando hacia el techo con el pulgar, tras la última diatriba furibunda del comisario.

Isidro le había recordado que el barro siempre viene de abajo; el otro, a despecho del patente desinterés que denotaba esa corrección metafórica, había añadido además que soplaban nuevos vientos en el país, que la vieja guardia estaba perdiendo cada vez más terreno y con ella sus acólitos, como Goyanes, falangista acérrimo.

A ello suponía Isidro que se debía el permanente tic de Goyanes y cierta urgencia histérica en su presentación del caso.

—El marinero estaba en un reservado, caído boca abajo sobre una mesa. Al incorporarlo vieron que tenía un tajo en la garganta. Parece ser que hubo una pelea de órdago. Todavía no se sabe ni cuántos participaron...

—Pero eso es cosa de la Policía Militar de los americanos. Son ellos los que se encargan de sus peleas. —Isidro se recostó en el respaldo de la silla frente a su superior. Desde hacía varias semanas una punzada en las lumbares profetizaba un ataque de ciática. «Los años», se dijo. En agosto había cumplido los cincuenta y siete. Sabía, con todo, que ese dolor en los riñones se debía seguramente a las tribulaciones que le causaban los hijos, sobre todo Cristóbal, el mayor.

—Sí, pero ahora tenemos un muerto en suelo español y, por lo visto, no solo hubo norteamericanos en la pelea, por lo que los militares americanos han pedido nuestra colaboración y al Gobierno Militar y al Civil les ha faltado el tiempo para decir que sí. —Goyanes hizo una pausa y fijó la vista en algún punto detrás de Isidro—. Si tenían que matarse, ya podrían haberlo hecho en sus barcos, la madre que los parió. No traen más que problemas. Les vendimos el país, Isidro. Asesoraron mal al Generalísimo. Por muy anticomunistas que sean, no pueden ser nuestros aliados, no comparten nuestros principios, no comparten nuestra moral... Y ahora esto.

Se quedó callado.

Los falangistas como Goyanes eran los que más oposición habían presentado a los pactos con los norteamericanos. Isidro esperó en silencio. Aunque compartiera con Goyanes la antipatía por los americanos, no iba a tener con él ningún gesto de connivencia. La cabeza de Goyanes, un cuadrado casi perfecto partido en dos por un fino bigotito, quedaba enmarcada entre los retratos de Franco y de José Antonio; el rostro, casi tan inmóvil como el de los retratados, de no ser por el leve tic. Finalmente, un parpadeo pareció devolverlo a la realidad desde donde fuera que hubiera estado.

—Arriba dicen que es una excelente oportunidad para demostrar la buena relación entre nuestras naciones. Curiosamente, el que más interesado está es el gobernador civil. Bien pensado, tan curioso no es, creo que su silla cojea bastante y le conviene hacer algunos méritos. Más ahora que, por lo visto, en diciembre va a venir el presidente de los Estados Unidos, ese Eisenhower, a visitar al Caudillo. Bueno, da igual. Lo que cuenta es que ahora es asunto nuestro, Isidro. Concretamente tuyo.

—Tengo otra cosa en este momento...

El comisario lo ignoró. Hablaba con la mirada perdida.

—Es un caso envenenado, Isidro. Es un caso con evidentes implicaciones políticas. Mis enemigos están al acecho para pedir mi cabeza. Este asunto les puede dar la ocasión, porque cualquier error puede pagarse muy caro. Por eso me lo han dado a mí. Tratan de hacerme caer.

«Así que tu silla también cojea lo suyo», pensó Isidro, y preguntó:

—¿Y por qué me lo pasa a mí?

El comisario dio un puñetazo en la mesa, algo rutinario, le pareció.

—¿Qué? Te gusta que te digan que tienes que ser tú porque eres el mejor de la brigada, ¿no? —La voz de Goyanes sonaba, en cambio, tan irritada que perfectamente podría haberlo insultado.

—Hombre...

—Mira, Isidro, tenemos que trabajar con ellos, tenemos que hacerlo más que bien y demostrarles que no somos los patanes por los que nos tienen. Tenemos que...

Goyanes todavía enumeró dos cosas más que «tenían que», hasta que necesitó tomar aire.

—Está bien, comisario. Solo que pensé que...

—No me pienses tanto, Isidro, y obedece más.

El comentario de su superior lo molestó, pero no se lo dejó notar. Se levantó.

—Bueno, pues entonces me pongo a ello.

—Te toca esperar un poco. Ya te he dicho que tenemos que coordinarnos con los americanos. Mañana tendrás todo el material y podrás empezar a trabajar.

A Goyanes no debió de escapársele su mirada de extrañeza.

—Sí, ya lo sé, el muerto estará más que frío, pero así lo ordena la superioridad. De modo que hoy nos quedamos quietecitos. Mañana te esperan a las diez de la mañana en el consulado americano. No tendrás que caminar mucho, su-

bes la calle hasta Junqueras y ya está. Te da el tiempo justo para un cigarrillo. Allí conocerás al policía americano que trabajará contigo.

—Pues vaya. —Isidro se quedó en el centro de la habitación con los brazos pegados al cuerpo, tan inexpresivo como su voz al preguntar—: ¿Y cómo se supone que vamos a trabajar el americano y yo?

—Juntos.

—Juntos.

El «juntos» de Goyanes había sido un imperativo, el suyo, una pregunta sin entonación.

—Ya sabes lo que quiero decir, hacéis todas las pesquisas juntos, colaborando el uno con el otro. Ellos te pasarán la información que tienen sobre el muerto, sobre la pelea y lo que necesites.

—Yo no hablo inglés.

El comisario se encogió de hombros.

—Ni falta que te hace. Habrá traductor.

Como Isidro no mostró reacción alguna, Goyanes pareció sentirse impelido a ofrecerle algo parecido a un consuelo:

—No te preocupes, ya verás que al final será un asunto más bien trivial. Con tantas peleas que arman los marineros era de esperar que alguna vez pasara algo así.

Le habría replicado que, si tan claro lo veía, por qué lo apartaba a él de su trabajo por una nimiedad, pero sabía que le habría dado la misma respuesta que a su primera objeción. No valía la pena perder el tiempo.

Se disponía a abrir la puerta, cuando la voz de su superior lo detuvo.

—Una última cosa: ni una palabra a nadie de momento, sobre todo no lo hables con Segura ni con Rovira. Puedes irte.

Salió. El recordatorio no habría sido necesario. Segura y Rovira eran hombres del comisario Montesdeoca, un nuevo

mando recién llegado de Madrid que venía pisando fuerte y del que se hablaba como futuro jefe de la Brigada de Investigación Criminal. En otro momento había sido precisamente Goyanes quien, tras ascender de manera fulminante, había desbancado a su predecesor. Había salvado el puesto con astucia, incluso cuando algunos de sus protectores políticos cayeron víctimas de luchas de poder de las que Isidro, para su gusto, sabía demasiado. Ahora Goyanes temía que hubiera llegado su turno.

—Hay que joderse.

Se sentó frente a su escritorio. Dio un vistazo a las notas del asunto del falso nieto. Un tipo que se presentaba en casas de ancianas que vivían solas pero tenían parientes rojos que habían salido huyendo del país durante la guerra y se hacía pasar por el nieto retornado del exilio, que ahora, después de años en América y una larga búsqueda de familiares, había logrado por fin dar con ellas. «Querida abuelita, por fin se cumple mi sueño». Con acento argentino o mexicano, seguramente fingido, engañaba a esas mujeres, que le entregaban su confianza, las llaves de su casa y su dinero, y quedaban después de nuevo solas y, encima, esquilgadas. Estaban muy cerca de atraparlo. Era cuestión de días, de pocos días. Y justo en ese punto le venía Goyanes con ese otro asunto. Se levantó, abrió la puerta del despacho y gritó en el pasillo:

—¡Sevilla!

Su subordinado, su único hombre de confianza, apareció casi al momento.

—¿Has hablado ya con la última víctima?

—A eso iba.

—¡Qué casualidad! No me digas que te interrumpí.

Sevilla se limitó a pestañear. Llevaban bastantes años trabajando juntos y sabía cuándo era mejor callar. Ante ese com-

portamiento, Isidro sentía a veces el orgullo del domador que controla a la fiera solo con la voz y amagando el látigo. También un conato de algo parecido a la tristeza, porque nunca podrían ser amigos a pesar de cuánto lo apreciaba en el fondo. Pero las jerarquías obligaban a mantener la distancia. Y las jerarquías, como la columna vertebral, no podían quebrarse; las consecuencias eran la parálisis o la muerte.

Sevilla seguía de pie frente a él con el cuerpo enjuto muy rígido, las manos a los costados golpeaban levemente los muslos con impaciencia. Castro lo invitó a sentarse y le contó su conversación con Goyanes.

—¿En qué local lo encontraron? —preguntó Sevilla al final.

—En el Metropolitano, en la calle Conde del Asalto.

—De lo más fino —ironizó Sevilla—. ¿Me voy para allá?

—No. Tenemos que esperar a los americanos.

—Entonces, ¿a qué venía toda esta prisa? Ya le dije que estaba a punto de...

—Sevilla, no te pongas farruco. Cuando yo te pido que vengas, vienes. Y punto.

—Lo que usted mande, jefe, pero no es razonable.

—Razonable, razonable —rezongó Isidro mientras buscaba otro cigarrillo—. No me pienses tanto y obedece más.

Le desagradó sorprenderse a sí mismo repitiéndole a Sevilla la frase del comisario. En nada quería parecerse a Goyanes. Era su superior, acataba sus órdenes y punto. Varias veces había tanteado la posibilidad de pedir el traslado a otro departamento, pero temía que le preguntasen por qué quería abandonar el equipo más prestigioso de la BIC, y que entonces el rencor y la repulsión hacia las maniobras sucias de su jefe, que llevaba tragándose desde hacía años, se le escapasen a borbotones, como un forúnculo de pus y odio al contacto con un bisturí. Prefería seguir callando, no por Goyanes, sino por la institución a la que servía con orgullo y devoción.

«Que hablen los otros». Él prefería escuchar y lanzar el anzuelo en bocas ya abiertas.

Ahora, a su pesar, había citado a Goyanes y, aunque Sevilla no podía saberlo, su desliz lo aplacó, y le contó en tono cómplice que trabajarían con un policía militar americano.

—Pues a ver cómo vamos a entendernos.

—Nos pondrán un traductor.

—¿Y usted se va a fiar de lo que le traduzca uno de ellos?

—Sevilla cruzó los largos y flacos brazos sobre el pecho.

—A ver, qué remedio.

Sus palabras ocultaron el desasosiego que le había despertado esa objeción. En el consulado jugaba en campo contrario. Además, dependería de una persona que traduciría lo que dijera, mientras que él no podría entender lo que los americanos hablaran entre ellos, si, por ejemplo, se burlaban de él o trataban de engañarlo. No le gustaba imaginarse tan desvalido, no era su posición natural y habitual. No solo era, pues, jugar en campo contrario, sino con un árbitro del otro equipo.

Sevilla esperaba instrucciones.

—Pero bueno, vamos a la cosa por la que te he llamado. Si no he entendido mal, trabajaré yo solo con los americanos y un par de agentes nuestros para las minucias. De todos modos, como no me acabo de fiar tampoco, tú vas a investigar paralelamente para mí, aunque no de manera oficial. Así que ni una palabra de esto a nadie, ¿entiendes?

—Por supuesto.

—A nadie significa a nadie.

—Jefe, me está usted ofendiendo. —Giró la cara en señal de enojo.

—Disculpa, Sevilla. Nuestro caso del falso nieto se lo tenemos que pasar a otros. —Como su subordinado se volvió a mirarlo con expresión atónita, añadió—: ¿Te crees que a mí me gusta tener que hacerlo? El asunto lo hemos resuelto

nosotros y ahora se lo regalamos. Solo faltaría ponerle un lacito. Pero... órdenes son órdenes. Prepara la documentación del caso.

—¿Para quién lo envuelvo?

Isidro reflexionó unos segundos. Recordó entonces la advertencia de Goyanes:

—Para Rovira y Segura.

—¡Jefe! ¡Que esos son de Montesdeoca!

—Sevilla, no me cuentes lo que ya sé.

—Entonces explíqueme usted por qué precisamente a esos dos.

Isidro lo miró con fijeza, hasta que logró que se echara algo hacia atrás en la silla. Después, sin levantar la voz, sin siquiera cambiar de expresión, le respondió:

—Yo a ti no tengo que explicarte nada.

Bajo ningún concepto iba a reconocer que detrás de ese gesto se ocultaba un intento de aproximarse al comisario Montesdeoca. Si Sevilla lo hubiera adivinado, y se hubiera atrevido a formularlo, Isidro lo habría echado del despacho con cajas destempladas. De modo que quedaron ambos unos segundos en silencio hasta que Isidro vio aparecer un brillo de astucia en los ojos de su subordinado.

—Segura y Rovira, un regalo, entiendo. Como cuando te traían un juguete usado y faltaba una pieza, ¿no? —preguntó, bajando la voz conspirativo.

—¿Por qué no? —concedió el inspector más displicente que magnánimo.

Lo que Sevilla no se podía imaginar era que en ese momento Isidro acababa de recordar que hacía un par de meses, cuando había necesitado que alguien le tradujera una carta escrita en inglés, la casualidad, la buena suerte o el destino, o quien fuera que gobernara el azar, había hecho que se encontrara por allí cubriendo un asunto la periodista Ana Martí de *El Caso*. Ella le tradujo sin dificultades esa carta. Los ameri-

canos ponían un traductor, pues él llevaría una traductora. Si ella accedía. Y estaba casi seguro de que Ana Martí aceptaría, ya que él le brindaba algo que solía resultarle irresistible: una buena historia. Sí, seguramente aceptaría.

En su cara apareció una expresión poco habitual, una sonrisa.

— ¿Se encuentra bien, jefe?